

CADA UNO HACE LO QUE SABE

BARCELONESAS

¿Recuerdan ustedes á Bagaría, aquel caricaturista que tuvo la suerte de que por algunos días le llamasen en el Sem español y que retratase por la modesta suma de 50 pesetas á todos los snobs de Barcelona?

— Pues ahora declara é mismo que no es caricaturista ni quiere serlo, y que antes ya era pintor y será esto y nada más.

También creía yo que no era pintor, pero que al fin, estudiando algo más, podría llegar á ser un regular caricaturista (que ya me parecía mucho). Pero después de aquel serampión caricaturístico que le ha producido buenos cuartos nuevos, eminencia retrocede y no quiere ser ni Sem ni Charan d'Ache. Se siente Velázquez. ¡Gran Dios! Alguien teme que al fin no sea nada.

Pero lo peor para él es que ahora se le va á presentar un conflicto terrible.

¿Cómo se tomarán esa decisión á aquellos snobs que le compraron sus caricaturas (algunas muy ridículas) contando que las obras de Bagaría pasarían á la posteridad? ¿Qué dirán

los Sevilla, Gener de los tabacos, Vidal y Ribas y su perro, el calavera don Román, Calvet, Recolons y tantos otros que sufriendo aquella Exposición del Fayans Catalá y el sablazo de las cincuenta del alá? ¿Querrán que se les devuelva el dinero? No, todos no; pero con seguridad le exigirán judicialmente que siga siendo caricaturista to a la vida y con la obligación de llegar á celebridad universal.

Porque aquí algunos ricos son terribles, ó si no véase lo que le está sucediendo á la Comisión ejecutiva de la Exposición de retratos y dibujos antiguos.

Dicha Comisión destacó de su seno un par de individuos de los más vistosos y bien trajeados para que husmeando por esos palacios y casas señoriales de la nobleza barcelonesa recabara de ella la atención de prestar sus ricas colecciones de objetos de arte antiguos para mayor lucimiento de nuestra próxima Exposición artística.

En honor de la verdad, algo se ha obtenido valioso y algunas moradas señoriales se han abierto

de par en par á dicha Comisión. Por ejemplo, los señores Güell han ofrecido todo lo que tienen. Pero, en cambio, hubo otros á quienes pareció que iban á robarles.

En una casa de la ciudad antigua, cuya calle no quiero nombrar porque se sabría al momento de quienes se trata y sería ponerles en ridículo, hay unos señores de linajuda estirpe catalana más pegados á las paredes de su casa por la tradición que oreados por la vida moderna. En sus arquetas y en sus sombrías habitaciones guardanse riquezas arqueológicas y artísticas inapreciables. Guadamaciles, encajes, figurinas y tapices forman un tesoro oculto que ni la luz disfruta.

La citada Comisión, llena de esperanza, entró en el amplio zaguán, subió la gótica escalera, en la cual el bajo relieves del riso ha servido para hacer notable á un pintor barcelonés. Llegó á la puerta donde en el frontis campea el escudo señorial y tiró de la campanilla.

Al cabo de un buen rato corrióse la rejilla del mirador.

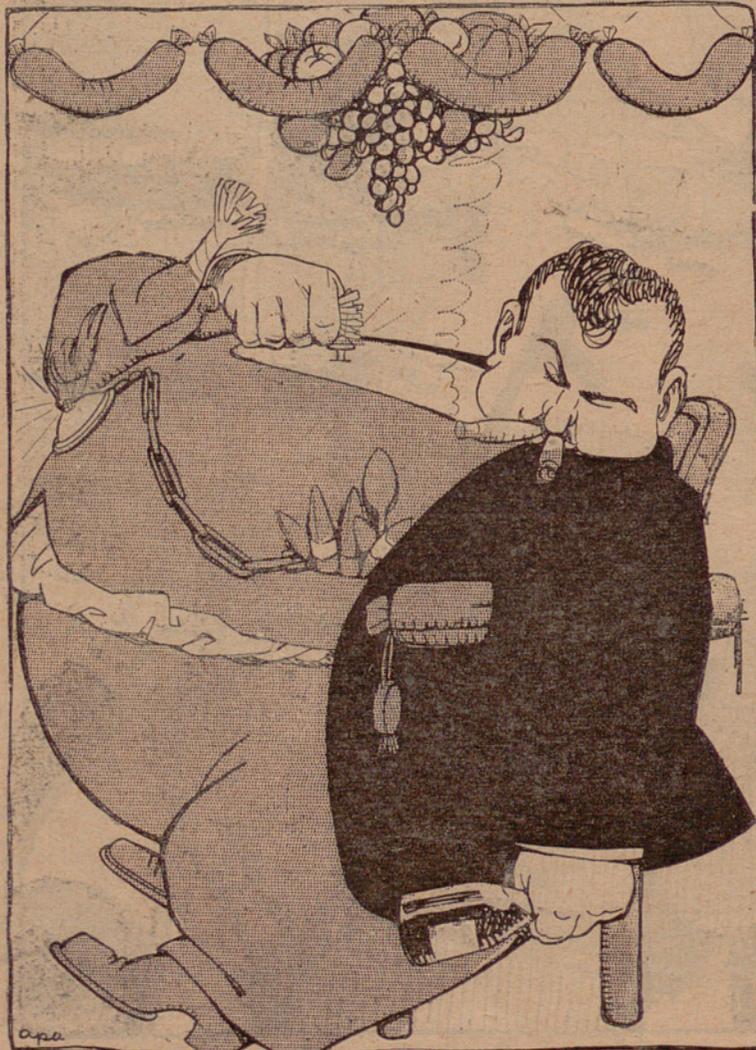
— ¿Quién es? — dijo la voz de un criado.

— S. mo ... y venimos...

— Aguárdense — repitió el criado sin abrirles la puerta, y fué.

El corazón de los comisionados saltaba de emoción y de esperanza á la vez.

Pasó otro buen rato, a fin del cual, sin abrirse la puerta, apareció otra vez el ra-



Salvó la patria... y descansó.



Concurrentes al banquete íntimo celebrado el martes último por las Redacciones de *La Publicidad*, *El Poble Catala* y *EL DILUVIO*, en la *Maison Dorée*.

surado ros ro del fámulo, que les dijo:

—Los señores no pueden recibirles—y cerró la reja.

Un chorro de agua fría no les hubiera producido más sensación. Bajaron las escaleras contrariados y mojicos, dirigiéndose hacia otra casa, donde, por fortuna, fueron mejor recibidos.

Réculeles como esa de la gente mojigata producen de opciones como aquella y como la que sufrimos en el estreno de *Cassandra*.

Nuestras damas de Estropajosa acordaron no ir a paladear la hermosa obra del insigne Galdós porque en ella se dicen cuatro verdades como puños contra los neos... y dejaron los palcos vacíos y las butacas casi desiertas.

En cambio habían acudido dos días antes al Principal, pagando carísimo, a ver una cosa que no entendieron ni por el forro, sólo por la vanidad de poder contar que habían visto *Chantecler* auténtico y un buen número de polas cantando al lado de una faisana apetitosa y de buen plumaje.

E. B.

DE LAS MEMORIAS DE UN CONFESOR

6 de Febrero de 18...

Son las siete de la mañana. La iglesia está poco concurrida. Al entrar en la sacristía el párroco me ha recibido con un bufido y no ha contestado a mi saludo. Se conoce que no acaba de digerir las misas que me encargó la marquesa. Es un solemnisimo bellaco mi ilustre jefe.

Entro en mi confesonario. El jesuita que tengo enfrente está rodeado de su rebaño de Filoteas. Entre ellas se destacan las dos inevitables figuras de la duquesita y del banquero andaluz Paco Morano. ¿Qué tendrán que confesar todos los días este par de perillanes? ¿Servirá el jesuita de especie de buzón de cartas, intérprete ó celestina con sotana? Todo pudiera ser; porque ¡ay! la duquesa acaba de regalar á los buenos padres una

custodia magnífica y el banquero les deja que se aposenten en su cortijo de Lucena los jesuitas enfermos. ¡Me escamo! En fin, ¡no nos dejemos llevar de malos pensamientos. Se acerca una penitente; escuchemos..

—Me acuso, padre, de que tengo casa de huéspedes.

—Eso no es pecado. Supongo que por *huéspedes* no querrá usted decir otra cosa.

—¡Dios me libre!

—Siga usted.

—Pues que algunas veces compro y les doy á comer géneros averiados. ¡Se gana tan poco!.. Y así salgo menos perjudicada.

—De bolsillo, sí; pero de conciencia, no. ¿Y si alguno cae enfermo por comer tales porquerías?

—¡Ay, padre, no me lo recuerde usted! Todavía tengo presente á Romualdo, un chico del comercio, que pescó un tifus por causa de unas salchichas que le dí, y se fué al otro mundo. Pero de esto ya me confesé y me absolvieron.

—Siga usted.

—Me acuso de haberme quedado con un billete de cinco duros que le envié á un huésped una pécora.

—Debe usted dárselo.

—Ya no está en mi casa y no sé dónde pára.

—Pero sabrá usted quién es esa, la pécora, como usted dice.

—¡Uf! Tenía tantas. ¡Vaya usted á averiguar!

—Pues empiece usted esos cinco duros en mejorar la comida de sus huéspedes, sobre todo las salchichas.

—Padre, no me atormente usted.

—Contínúe.

—En un gabinete de casa tengo á una señora muy liosa que me debe dos meses y me parece que no me pagará, y como no es justo que una esté toda su vida arrastrada para que esas tías disfruten y se cisquen con todo el mundo...

—Señora, refrene usted ese lenguaje, que se está usted confesando.

—Perdone, padre, pero cuando veo ciertas



Aspecto que presentaba el domingo último la plaza de Armas del Parque durante la celebración del mitin PRO PRESOS

cosas; no sé lo que me digo. Pues, como le decía, ayer entré en su cuarto, mientras almorbaba, y le cogí una sortija de oro y granate que tiene, y me la guardé.

—¡Pero, hija, eso es un robo!

—¡Ah, no, padre, no! Yo tenía un confesor que era fraile y en un caso análogo me dijo que no era pecado, que era un resarcimiento oculto del perjuicio que á mí me hacían. Y aquel fraile era muy listo, y estuvo presentado para una mitra.

—Pues sería todo lo que quisiera; pero usted no puede apropiarse de nada que no es suyo. Si no le conviene tener á esa señora la despide; pero debe usted devolverle la sortija. Con ese sí-

tema del *resarcimiento oculto*, todo el mundo podíamos estar robando continuamente. ¿Quién hay en el mundo tan afortunado á quien alguien no perjudique en algo?..

La pupilera de mal grado me promete devolver la sortija; lo dudo.

¿Qué pasa en el confesonario del jesuita? Sí, yo he oído risas, la risa sofocada de la duquesa. Está en la rejilla con su cara tapada con la mantilla. El jesuita se oculta la cara con la mano y veo su boca inroble que dibuja una sonrisa satánica. Entretanto, apoyado á una columna, el zángano del banquero andaluz aparenta leer en un devocionario y mira á hurtadillas al confesonario. La pupilera me pide la absolución. ¡El tío!, las sa'chichas, la sortija!

¿Quién sabe si todo esto será una bagatela! Se la doy. En el nombre del Padre, del Hijo...

La duquesa se aparta de la rejilla; está colorada como una amapola; mira á Paco Morano y se sonríe, y se dirige á comulgar. El jesuita se restrega las manos y abre su breviario.

Son las ocho y media y tengo que decir misa. Dejo la caja de madera donde la Humanidad creyente deposita sus miserias, y me voy á la sacristía.

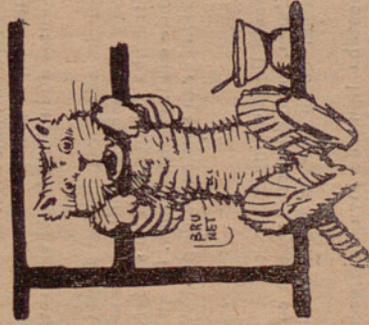
Al pasar el jesuita me ha dirigido una mirada que no sé si es un reto ó un desprecio. Probablemente significará las dos cosas...



Directores de la tribu árabe que se ha exhibido en el Teatro Principal.

FRAY GERUNDIO.

EL FANTASMA SE DEJA SORPRENDER



El ruido se aproximaba, aumentando, haciéndose cada vez más sensible.

Alguien se dirigía hacia la escalera andando de puntillas.... Alguien había en la escalera.... Alguien subía.

Un pequeño resplandor, un resplandor vacilante como el de una bujía.

Cristóbal no respiraba. La luz se proyectaba sobre el muro, dibujando una sombra, la sombra de una cabeza.

Un escalón rechinó, después otro.

El reloj debía atrasar ó el espíritu adelantaba.

Hubo una detención, una respiración ahogada, como un suspiro, y la luz, avanzando, iluminó una cosa blanca y estrecha.

Durante algunos instantes *eso* quedó suspendido en medio de la sombra, después descendió sobre la tapa de la caja que había en medio.

Era una mano de mujer.

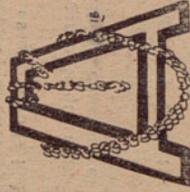
Rápido como el pensamiento, Cristóbal la cogió y la tuvo sujeta hasta que levantándose hizo brillar la luz de su linterna.

Se oyó un grito ahogado, la mano quiso retirarse; pero en vano. Cristóbal la atrajo con fuerza y el espíritu estuvo á punto de caer.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Por piedad! —murmuró.

—No, os tengo bien sujeta. La farsa ha concluído. Si no lo confesáis todo doy el grito de alarma, hago venir la policía y os arresto con vuestro marido.

CRISTOBAL HACE CURIOSAS OBSERVACIONES



VENTURAS parecidas ocurrieron así en el comedor como en otras habitaciones de la casa donde se reunían los huéspedes. Cristóbal no sabía á qué atenerse. Estaba desconcertado.

Una noche, en ocasión de hallarse en su cuarto, sumióse en profunda meditación. Quizás—dijose interiormente—deberáse lo que sucede á una influencia hipnótica inexplicable. Bien puede ser que los huéspedes procedan por sugestión, sin que los hechos que imputan á otros tengan efectiva realidad. Tal vez se trate de un fenómeno de carácter nervioso.

Por otra parte, advertía Cristóbal que desde su permanencia en Wood House sobreveníanle frecuentemente dolores de cabeza, veíase acometido á menudo por una extraña somnolencia, percibía olores que le turbaban, produciéndole árticos no sentidos desvanecimientos.

De vez en cuando advertía vagas impresiones de angustia, sentía un malestar general que le impedía concentrar largo tiempo la atención. Había perdido por completo el apetito.

No obstante, notaba Cristóbal que ni los esposos Chester ni su prima Sidney parecían sentir ningún malestar. Quizás estarían ya habituados y no producirían en ellos efecto alguno las causas que á él ocasionábanle tan extraña turbación.

Sir Walter Raven había en apariencia experimentado algún cambio. Su semblante no presentaba el aspecto de los primeros días. También parecióle á Cristóbal que todos los huéspedes de Wood House, así como los criados, hallábase sumamente pálidos.

Nadie acertaba á explicarse lo sucedido. No faltaba quienes empezaban á creer que en lo misteriosos hechos intervenían fantasmas.

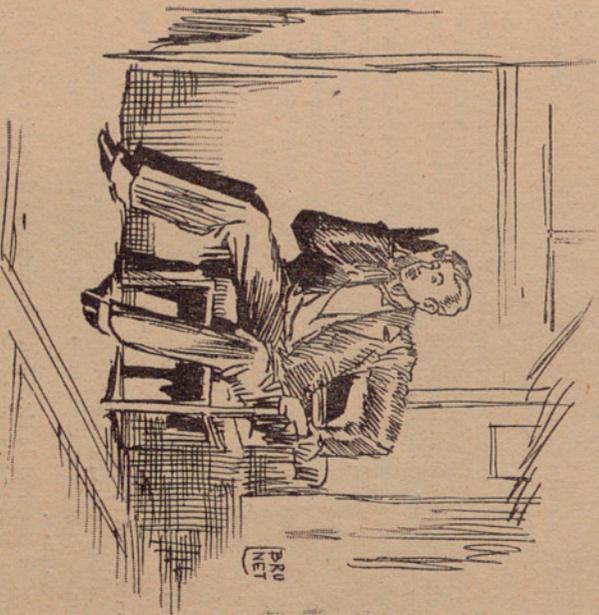
Por encargo de Mr. Smithson había un *detective* en Wood House. Vestido de criado hallábase siempre en el comedor á

las horas en que suponíase que se perpetraban los robos. Sin embargo, el que anteriormente se menciona pasó para él tan inadvertido como para todos los comensales.

Cristóbal notaba con frecuencia, durante la noche, extraños ruidos, que le hacían despertar, presa de gran sobresalto. Pero después reinaba de nuevo el más completo silencio, y Cristóbal acababa por figurarse que había estado bajo la influencia de una pesadilla.

El tregado á una serie de reflexiones acerca de quién pudiera ser el singular ladrón, no podía Cristóbal conciliar el sueño. De pronto oyó un ruido...

Como esta vez se hallaba bien despierto no le cupo la menor duda. El ruido continuaba y lo oía clara y distintamente.



ra é hizo penetrar la luz de la linterna en la cavidad. Era ésta de un espacio de poco más de dos pies. Cristóbal se arrodilló y logró pasar por el agujero la cabeza y los hombros.

No vió ninguna puerta al otro lado de la pared, pero al fondo se divisaba una cosa negra como una caja.

Consultó el reloj de la habitación; eran las dos menos veinte. Tenía tiempo para obrar antes de la llegada del visitante nocturno.

Le era difícil deslizarse por la abertura; mas se despojó de la americana y del chaleco y lo consiguió. Quitóse los zapatos y con su linterna, que trazaba delante de él un sendero de luz, continuó cautelosamente sus investigaciones. Lo que había visto al fondo de la cavidad eran tres cajas de madera blanca colocadas en hilera.

Cristóbal destapó una de ellas.

La caja estaba completamente llena de joyas.

Había un montón de brazaletes, otro de sortijas y una colección de relojes que brillaban como huevos de oro en un nido.

La segunda caja también estaba llena de joyas: alfileres preciosos, agujas de sombrero, collares de brillantes y de perlas.

En la tercera caja, más pagueña que las otras dos, había monederos de plata, de oro, cigarreras, tarjeteros, un paquete de cadenas de oro y un fajó de billetes de Banco.

Nada de monedas de oro; el "espíritu" de Wood House era un "espíritu" prudente y prefería gastarlas sin dilación.

¡Qué esfuerzo suponía aquella acumulación de alhajas!

Su reloj y sus joyas no figuraban aún en la colección; pero Cristóbal pensó, riendo, que no tardarían en figurar.

Detrás de las cajas había una abertura cuadrada, negra como las entrañas de la noche. La linterna iluminó una estrecha escalera de caracol. Cristóbal puso el pie en el primer escalón y éste produjo un ruido seco, en el cual el *detective* reconoció el ruido que varias noches había turbado sus sueños.

Cristóbal tapaba las cajas y se disponía á descender, cuando un ligero rumor le detuvo. Después de unos segundos de observación el *detective* cubrió la luz de la linterna y se tendió detrás de las cajas.

CARTA ABIERTA

(AL ZARAGOZANO)

¡Según dice el Almanaque, la primavera ha llegado; pero á mí no hay quien me saque de que nos han estafado.

Ha mediado el mes de Abril, clásico mes de las flores, que engalanan el pensil con sus encantos y olores, y aun oigo que el huracán lanza silbidos agudos y aun los árboles están completamente desnudos.

Aun no hay horchata de chufas, que sirven chicas amables, y aun son braseros y estufas objetos indispensables.

Aun hay más de un doncel que con la capa se tapa, ¡pues desdichado de aquel

que haya empeñado la capa!

Aun son las mañanas frías y las noches son crueles y hay muchos que en estos días andan envueltos en pieles.

Aun no veo á esos galanes que asedian á las vecinas, pintándoles sus afares clavados en las esquinas, pues el infeliz que apele á semejante locura es muy fácil que se hiele con esta temperatura.

Aun sigue el frío apretan lo y molestando la lluvia y las nubes ocultando del sol la madeja rubia.

Aun no salen á la calle las madrileñas gentiles,

luciendo el airoso talle envuelto en gasas sutiles.

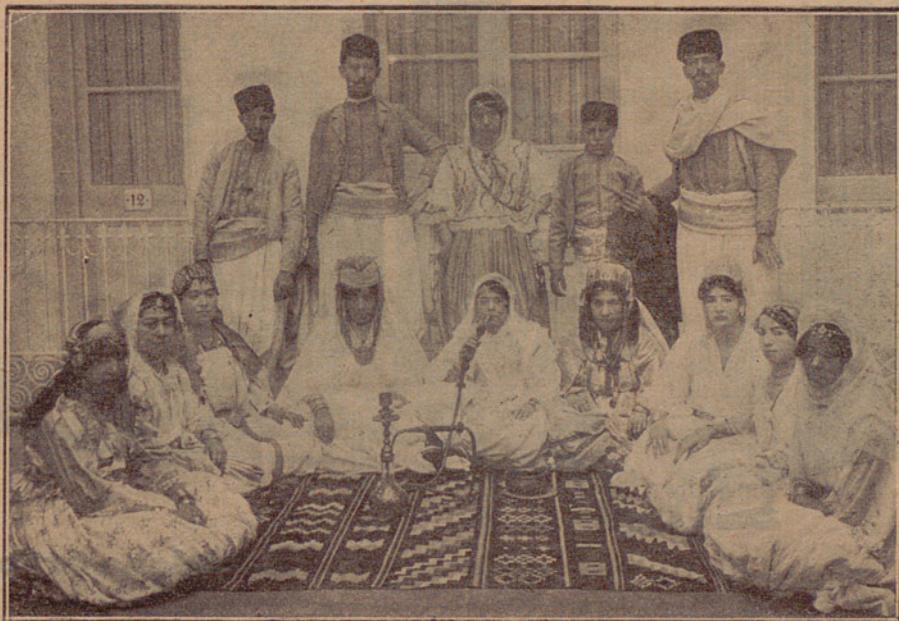
De todo lo cual estimo, y deduzco de antemano, que es usted un embustero, señor de Zaragozano.

Usted dirá lo que quiera; pero lo que digo yo es que esto no es primavera, ni Cristo que lo fundó.

Abril, con sus aguas mil, me desespera y me abrama, y yo reniego de Abril por el maldito reuma.

Contra él tan sólo oigo quejas y es muy justo, ¡sí, señor! ¡Sólo para Canalejas ha sido un mes superior!

MANUEL SORIANO.



Tribu árabe que se ha exhibido en el Teatro Principal

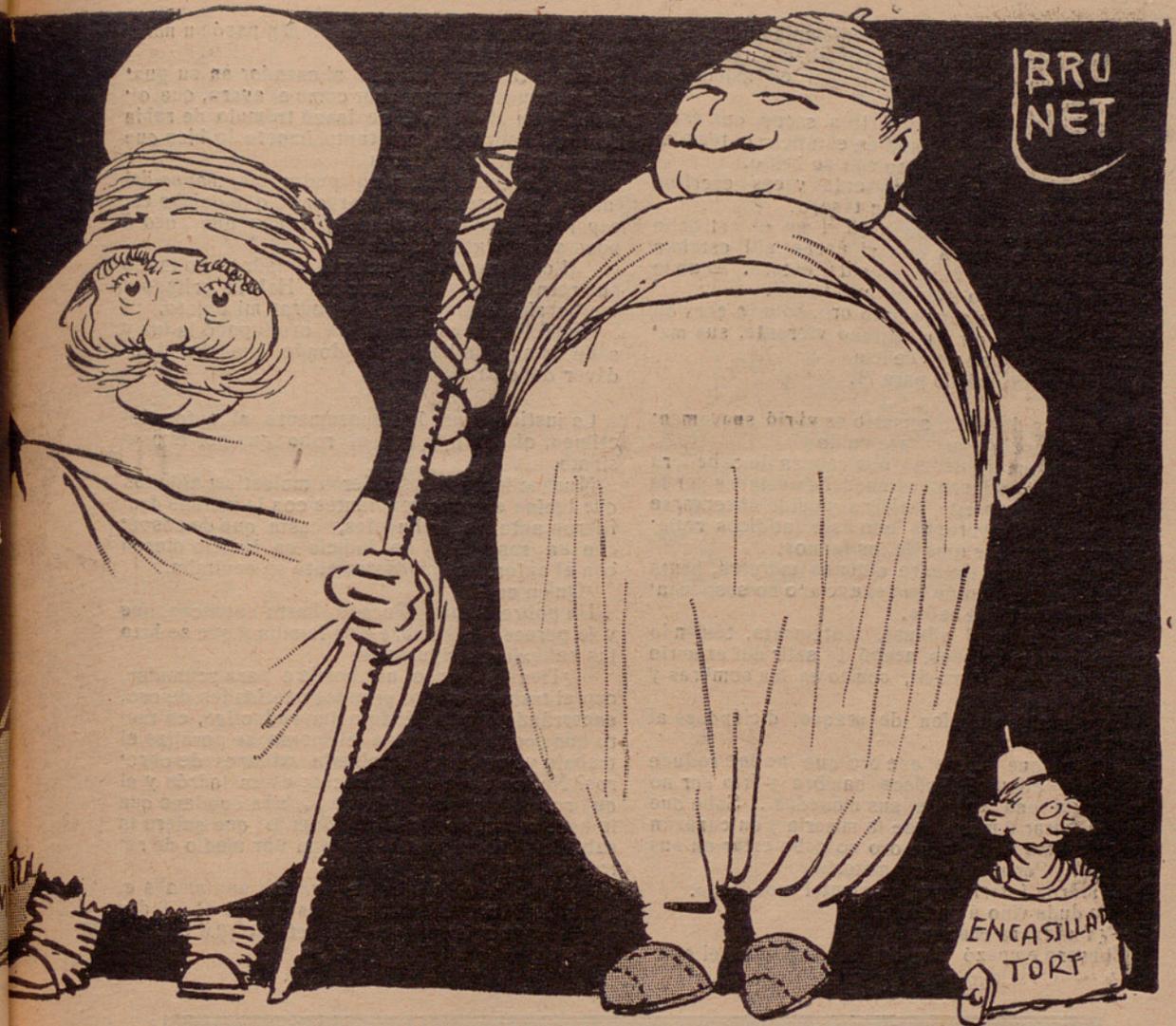
CHISMOGRAFÍA

¡ABAJO WAGNER!

Casi terminada la temporada del Liceo, ya puedo decir de ella—con permiso del simpático Pena y del concienzudo Zanné—que el festival Wagner ha sido un fracaso, si no artísticamente, de interés público. Descontados los que dicen estar en el secreto de la música recitada, que cada día son en menor número, ya que para ejercer de wagneriano es imprescindible aburrirse, al grueso público no le agrada que cada día le sirvan música que hasta los más entendidos en ella tienen que oirla armados de la guía de cada drama musical. De modo que los que han censurado á nuestra burguesía porque sólo asistió al

primer ciclo no tienen razón. Para oír á Wagner durante veinte noches se necesita una heroicidad que no todos pueden soportar. Barceloneses hay de los que tienen palco en el Liceo—que primero tomarían acciones de la Casa del Pueblo que resistir tres ciclos de la *Tetralogía*. Y no porque el signo de crédito de la casa del ferrouxismo se cotice barato, sino porque para nuestros ricos el sacrificio mayor es el de dar dinero.

Con lo manifestado ya puede comprenderse que las veladas en el Liceo no han resultado lo que se esperaba. Se ha hecho arte, no hay duda;



Barcelona árabe. — ¿Cuándo vendrá la reconquista?

podremos colearnos con las principales ciudades del globo terreno, que dice Pich, el diputado provincial á quien se indica para mayordomo mayor del palacio del presidente de la República cuando dicho cargo desempeñe el señor Lerroux; pero, en cambio en los dos últimos ciclos faltó el primer elemento, como es la juventud dorada. Y, claro, faltando ellos, faltaron ellas, aunque no todas, por aquello de que el ejercer de wagneriano es de buen tono, de cuya opinión no participan los papás, que en las obras de la *Tetralogía* encuentran á faltar el cuerpo de baile, ese apertivo que hacen tan excitante las discípulas de la Pamies. De ahí que no hace muchas noches, en serio, no falta quien propuso que á los dramas musicales de *El Anillo del Nibelungo* se agregaran unos bailables. Tan cierto es ello, que hasta Bernis fué llamado á cierto palco proscenio, no decimos si de platea ó de qué piso para no pecar de indiscretos.

Los que también han acabado por desertar del

Liceo han sido los concejales. El más wagneriano ha sido Marcilla, cuya consecuencia política le lleva hasta á ser progresivo en música. Porque el señor Marcilla, aunque no lo parezca por su negro y sedoso bigote, procede de los primeros tiempos de progresismo. En la época de Mendizábal ya estuvo á punto de ser concejal. Pero, digámoslo todo, también prefiere algo de música italiana y bailables; de lo contrario, también seguiría la conducta de nuestra juventud, ya que mientras se luce un bigote negro se es joven, aunque se tomara parte en el *motta de las levitas* contra la reina gobernadora y en favor de Espartero.

Pero si los papás, los unos por el qué dirán y los otros para acompañar á las niñas, no han podido faltar en el Liceo, en cambio á los hijos no se les ha vuelto á ver el pelo en los dos últimos ciclos. Mientras en el gran teatro se cantaba á Wagner, el os, la juventud dorada, se solazaban en La Buena Sombra, en el Eden, en La Gran

Peña, en el Alcázar y aun en el Tivoli, con gran contento de Gil, que desea otro festival wagneriano. Porque es lo que él decía:

—El Liceo causa daño á todos los espectadores aristocráticos, como *los de así*—estaba en el Tivoli—. Pero el público *fuig de'n Wagner* porque quiere alegría, baile, y no una música que para entenderla se necesita un diccionario.

Creo que Gil tiene razón, y de ahí que una mi voto á la proposición formulada por cierto personaje en el palco á que me referí en el sentido de que á las obras de Wagner se agreguen bailables. ¿Que sería una herejía? ¿Que Peña sería capaz de matar á la *Pauleta* y á sus discípulas para que la *enmienda* á Wagner no prosperase? Conformos. Pero se habrían salvado los gustos de la burguesía y las inclinaciones de la juventud elegante.

LORENZO DE LA TAPINERÍA.

ROBAR PARA EL DIABLO

El viejo registró escrupulosamente la habitación y cuando estuvo plenamente convencido de que estaba solo cogió una pesada barra de hierro que había en un rincón y quiso, valiéndose de ella, levantar la pesada losa que formaba parte del pavimento.

La trémula luz de una vela dibujaba su sombra en la pared, dándole proporciones gigantes.

A su alrededor no había otros muebles que una cama, una silla y un inmenso armario adosado á la pared. Todo ello era viejo, pobre y sucio; la habitación hubiera podido servir de templo á la miseria y á la avaricia.

El traje del habitante estaba en perfecta consonancia con la morada.

Tras repetidos y violentos esfuerzos logró levantar la piedra y se presentó á su vista un profundo agujero del que sacó tres pesados sa-

quillos, que dejó á su lado, contemplándolos con la más viva satisfacción. Chispeaban sus ojos y al sonreír sus labios se contraían en mueca repugnante.

Sucesivamente abrió los tres sacos, que estaban llenos de oro, y quedó en estática contemplación, como embriagándose con su brillo.

Era uno de esos cuadros tantas veces escritos del avaro recreándose en su tesoro.

El mundo todo estaba para él en el estrecho agujero que ocultaba sus riquezas; allí estaban sus ilusiones, su afecto, su vida entera. Aque la contemplación era para él la felicidad.

Sólo tenía ojos para ver su oro, sólo le servían sus oídos para oír su tintineo vibrante, sus manos lo acariciaban con delicia.

El mundo no existía para él.

La puerta del viejo armario se abrió suavemente, sin producir el más leve ruido.

Por la abertura asomó una cabeza de cabellera hirsuta y cuyas facciones quedaban veladas por la sombra: sin embargo, hubiera podido observarse que sus ojos fulguraban con esos fatídicos reflejos que tienen los ojos de los felinos.

Estuvo quieto durante algunos minutos, hasta que estuvo seguro de que el anciano no sospechaba la presencia de nadie.

Conteniendo el aliento, lentamente, tomando infinitas precauciones, acabó de salir del armario y quedó de pie inmóvil, oculto en las sombras y mirando al anciano.

Combinaba su plan de ataque, diciéndose al mismo tiempo:

—¿Para qué quiere ese oro que no le produce beneficio alguno? Padece hambre y frío por no gastar ni una sola de sus monedas... Sabe que podría librar á muchos de la miseria y su corazón no se conmueve... ¡Ese oro no debe estar en sus manos!.. Pero no quiero matarlo.

El ladrón interrumpió su mental monólogo.

Una duda vino á turbarlo.

—¿Y si fuera preciso?

El avaro empezó á meter los sacos en el agu-

jero; pero antes de dejar la piedra pasó su mirada por la habitación.

Una fiera sorprendiendo al cazador en su guarida no muestra tanto furor como el avaro, que, olvidando su debilidad, se lanzó trémulo de rabia contra el ladrón, y con tanto ímpetu lo hizo que ambos rodaron por tierra.

Cuando quiso gritar no pudo; las manos del ladrón atenaceaban su garganta, que dejaba escapar un sonido sibilante y ronco que poco á poco se fué extinguendo.

—¡Lo he matado!—exclamó el ladrón saltando su presa.— ¡Ha sido preciso! Habría gritado y me habrían cogido antes de lograr mi objeto.

Cogió los sacos llenos de oro, apagó la luz y salió de aquella habitación donde quedaba el cadáver del avaro.

La justicia buscó afanosamente al autor del crimen, quizás más por el robo que por el asesinato.

Muchos inocentes sufrieron molestias; algunos que tenían cuentas pendientes con la justicia desfilaron ante los tribunales, hasta que de sospecha en sospecha y de indicio en indicio dieron con el autor, que modestamente se ocultaba.

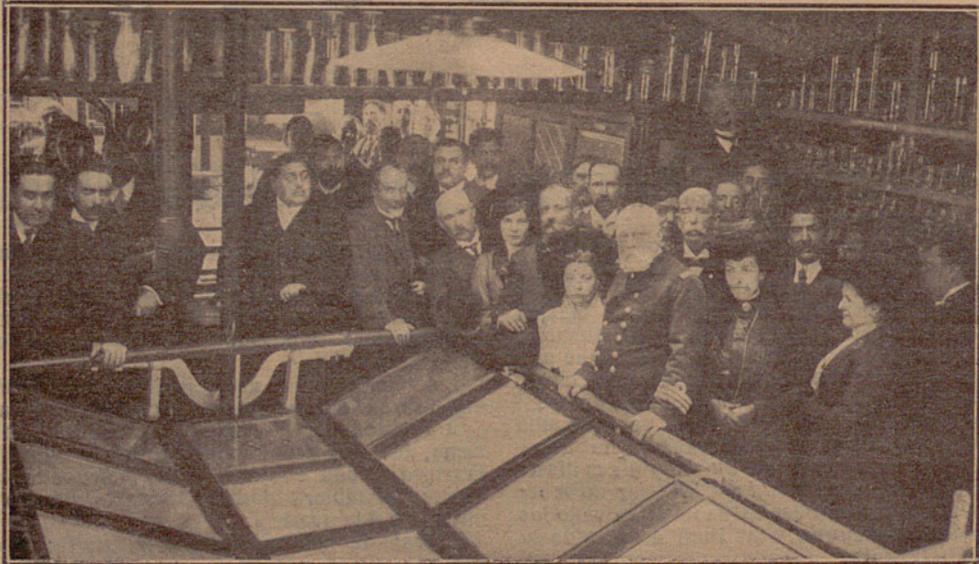
¿Quién era?

Un pobre diablo, honrado hasta entonces, que veía perecer de hambre á su familia y que se hizo las reflexiones siguientes:

—¿Tiene derecho un hombre para acumular, con el trabajo ajeno, grandes cantidades de oro, encerrándolo y haciéndolo improductivo, en tanto que por falta de ese elemento se paraliza el trabajo y quedan en la miseria millares de obreros? No, no tiene ese derecho; es un ladrón y el que roba á un ladrón tiene... una condena que le hace morir en presidio, diga lo que quiera la sabiduría popular, manifestada por medio de refranes.

A pesar de todo, Roque, que así se llamaba el futuro asesino, creyó que despojar á don Judas del oro que atesoraba era un acto de justicia.

Tal fué el génesis del crimen.



Visita hecha por el profesorado público de Barcelona al cañonero *Cocodrilo*, donde realiza trabajos científicos la Comisión Oceanográfica.

las. Pero no era esto todo; habían desaparecido también los gemelos de sus puños y su reloj.

—Ha sido un golpe maestro—balbuceó.

—Avisé á Morley Chester.

—¿Para qué? No quiero llamar la atención.

Cristóbal, sin decir nada de lo que le había ocurrido, para no exponerse á la curiosidad general, permaneció en su puesto hasta que los huéspedes, uno tras otro, se fueron retirando. Entonces subió á su habitación y cerró la puerta con llave.

Inmediatamente comenzó á aserrar todo lo silenciosamente que le fué posible la madera de la ventana.

La sierra estaba afilada y él trabajaba con el ansia de quien tiene una injuria que vengar.

Al cabo de una hora el tablero estaba casi separado de su cuadro. Mas prefirió aguardar á que todos durmiesen en la casa para levantarlo por completo. Y, cosa extraña, el roblo aquel que aserraba no tenía ese sutil y penetrante perfume del enmaderado de los comederos. Separó la made-



Era un crujido extraño que parecía producirse detrás del enmaderado de la pared.

Quizás sean ratones—pensó Cristóbal. Seguidamente miró su reloj. Eran las dos de la madrugada.

La siguiente noche decidió Cristóbal no acostarse. Quería observar paciente y minuciosamente todo lo que sucediera.

Pero veló en vano. Porque al siguiente día se notó en Wood House un nuevo robo de alhajas.

Por la noche, á la hora de costumbre, notó Cristóbal el mismo ruido que las noches precedentes.

Y como por la mañana preguntase á la criada que le servía el té quién era el huésped que ocupaba la habitación próxima á la ocupada por él respondióle aquélla:

—Sir Walter Raven.

—¡Ah!—exclamó Cristóbal. E interiormente lamentóse de no haber hecho antes aquella averiguación.

LA HABITACIÓN DEL MISTERIO



RISTÓBAL pasó durante el día repetidas veces por delante del cuarto ocupado por sir Walter Raven. Una de ellas notó que la puerta estaba entreabierta, se detuvo y examinó la habitación.

Entre la puerta de su cuarto y la del de Walter Raven parecióle á Cristóbal que había una distancia inexplicable.

Las habitaciones estaban casi contiguas; sin embargo, de su rápida observación pudo colegir Cristóbal que entre uno y otro cuarto debía haber, sin duda, un espacio vacío.

Cristóbal entró en su cuarto y puso un libro sobre el reborde de la ventana; después bajó al jardín y desde allí se puso á examinar la ventana del cuarto próximo. Así, fijándose en el libro, pudo cerciorarse de que, en efecto, entre ambas habitaciones tenía forzosamente que haber un es-

pacio vacío, y, fijándose más, advirtió que en el lienzo de pared correspondiente á dicho espacio había una pequeña ventana casi completamente oculta por la hiedra.

Sir Walter Raven—pensó Cristóbal—debe tener entre su cuarto y el mío una guarida, en la que fraguará las misteriosas aventuras.

Seguitamente abandonó el jardín y dirigióse á su cuarto. Como la puerta de la habitación de sir Walter Raven se hallaba abierta aun, Cristóbal entró en ella resueltamente. Creyó que desde luego descubriría la puerta secreta que daba acceso al misterioso gabinete. Pero no realizó su propósito.

Y, sin embargo, tenía Cristóbal la seguridad de que en el cuarto de sir Walter Raven había un espacio vacío, en el que ocurría algo anómalo durante la noche. ¿Quiénes eran los que allí actuaban nocturnamente? ¿Qué relaciones existían entre ellos y el misterio de Wood House? He ahí las cuestiones que Cristóbal deseaba resolver lo más de prisa posible.

Entró de nuevo en su cuarto y se puso á examinar muy detenidamente la pared medianera. Dió en ella varios golpes y advirtió que sonaba á hueco. Sin duda detrás de aquella pared hallabase la misteriosa habitación.

En vano examinó Cristóbal la pared. No encontró agujero alguno por donde pudiera observar á su antojo.

—¿Si pudiera agujerear la pared!—pensó Cristóbal.

—¡Bureka!—gritó de repente.

Oculto por el tapiz había una especie de ventana herméticamente cerrada. Sin pérdida de tiempo dispúsose á perforar con una sierra la tal ventana, que en parte ocultaba el cortinaje de su lecho.

A la tarde fué en *auto* á Ruigluurst con objeto de proveerse de una sierra y de una linterna sorda. A su regreso encontró á miss Chester y á su prometido y condujo á ambos en el vehículo á Wood House.

—Es extraño—dijo Cristóbal—; en otras ocasiones he recorrido en el *auto* leguas y leguas sin cansarme y ahora, al cabo de algunas millas, ya estoy rendido. Debe ser el clima.

—La atmósfera extraña que respira en Wood House.

—¿Y qué piensa usted de los sucesos, Mr. Racer? ¡Ay! si esto continúa nos veremos obligados á abandonar nuestra

querida casa—dijo la joven con los ojos llenos de lágrimas.—¡Bah! vendrán ustedes conmigo á Colorado—dijo sir Raven, con voz tierna.

El joven hablaba á su prometida con la ternura de un amor sincero, y no obstante eso Cristóbal sospechaba de él.

Cuando Cristóbal llegó á Wood House ya estaba servido el té. Le entregaron varias cartas recibidas en su ausencia. Las leyó y luego dijo de manera que todos le oyesen que, á menos que ocurriese alguna cosa imprevista, partiría al siguiente día, después de almorzar.

—¿No volverá más?—preguntó Sidney con voz alterada.

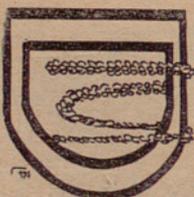
—No; mi estancia aquí me ha resultado deliciosa, pero durante estos quince días he descuidado asuntos importantes que ahora reclaman mi presencia.!

Sidney estaba visiblemente contrariada, pero no se atrevió á insistir.

Cristóbal fué á su habitación á cambiarse de ropa para comer. Cuando estuvo listo se puso sus joyas lo más visiblemente posible, á fin de experimentar el «misterio», y se dirigió al comedor, murmurando entre dientes:

—No me robaré yo mismo...

EL HALLAZGO



ESDE su llegada á Wood House Cristóbal había comido siempre en el comedor pequeño, excepto una ó dos veces, que fué invitado por unos conocidos suyos. A su última comida el *detective* invitó á sir Walter Raven.

Todo iba bien. El joven le hablaba del Colorado y le invitaba á pasar allí algunos días, cuando de repente se detuvo vivamente sorprendido.

—¿No llevaba usted un alfiler en la corbata?—preguntóle con ansiedad.

Cristóbal llevó precipitadamente la mano á la corbata.

La experiencia de aquella noche le había costado dos per-

La policía trabajó con inteligencia y con actividad, consiguiendo un triunfo; pero un triunfo á medias.

Entregó convicto y confeso al criminal en manos del juez; pero no pareció el dinero.

Roque recibió ofertas y promesas de abogados que querían encargarse de su defensa. Todos se comprometían á sacarle libre de aquel atolladero, en el que peligraba hasta su existencia.

Después de tomar informes se decidió por el que creía más hábil y menos interesado, uno que le defendería de balde y hasta se cuidaría de la familia del prisionero mientras durase su cautividad.

Era un joven enamorado de su profesión y que trabajaba por la gloria.

Seis meses duró la instrucción del proceso. Vino á escribirse la última línea cuando Roque había gastado la última peseta bajo la dirección de su defensor, que á cada punto de honor el sacarlo libre.

Llegó el día de la vista y el defensor estuvo admirable.

El fiscal pedía la última pena; pero el defensor supo hablar con tanta elocuencia que el tri-

bunal se contentó con imponer al reo la condena perpetua.

¡Había sido un triunfo!

Roque, atado codo con codo, caminaba acompañado de una pareja de guardias civiles.

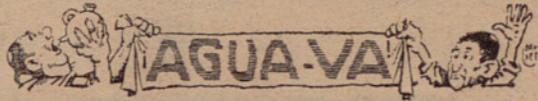
Para distraerse de las fatigas de la marcha, el preso contó sus desventuras á los guardias.

Uno de ellos, veterano de bizotes grises y de ruda fisonomía, dijo cuando Roque acabó de hablar, y á modo de moraleja:

—Ya ves cómo conviene ser hombre honrado. Has sido asesino y ladrón; ¿y de qué te ha servido? Otros se han llevado el dinero que te cuesta la libertad. Lo mal ganado se lo lleva el diablo. Conviene ser hombre honrado.

—No lo crea usted, guardia— contestó Roque, pensando en el destino que había tenido su dinero—. Lo que conviene ser es el diablo.

J. AMBRÓSIO PÉREZ.



—¡Tú, Lladó, vestido de moro! ¿Vas contratado á Buenos Aires?

—No.

—¡Qué lástima!

Las monjas jerónimas han comprado terreno en Sarriá para construir un convento al lado del que ocupan los escolapios.

¡Bien por las órdenes monásticas!

Poco á poco van alcanzando un grado de perfección suma.

Juntitas ahora en Sarriá las dos citadas órdenes se prestarán mutuo apoyo, seguramente sin embarazos ni molestias de ninguna clase.

Y esto es lo principal.

Lo que falte á los unos podrán llenarlo los otros y viceversa.

Nos tiene muy sin cuidado

que se junten ó separen

las órdenes religiosas

en Sarriá ó en Navarres;

mas estamos convencidos

de que en fecha no distante

se fundarán en España

conventos bisexuales.

De Buenos Aires ofrecen

á los ediles dinero

para que hagan el viaje

que, como todos sabemos,

trataban de hacer con fondos

del ilustre Ayuntamiento.

Ya renació la esperanza

en los abatidos pechos

de los eximios ediles,

de los futuros viajeros

que piensan darse el gran pisto

merced al dinero ajeno.

Ha sido un soberbio rasgo

ese del ofrecimiento,

que nosotros deseamos

llegase á vías de hecho.

Ojalá diera un filántropo

unos millones de pesos

para que fueran al Congo

los ediles lerrouxeros.

Nadie lo censuraría

al contrario, tan grato hecho

valiérale bendiciones

á granel de nuestro pueblo.

Se dice que las Sociedades económicas de Cataluña se proponen elegir senador al obispo de esta diócesis.

La noticia, que podrá ser falsa, pero que ha circulado y circula como

Al concurso núm. 83. — AVIACIÓN

verdadera, ha causado el efecto de una purga al doctor Martí y Juliá que no pasa por que las Sociedades económicas elijan senador á un individuo que no sea catalán aunque sí obispo.

Y aquí no habrá mas que una solución, si efectivamente se quiere elegir senador á Laguarda. Que éste se declare catalán de corazón, como antes fué valenciano de ídem y andorrano de ídem también.

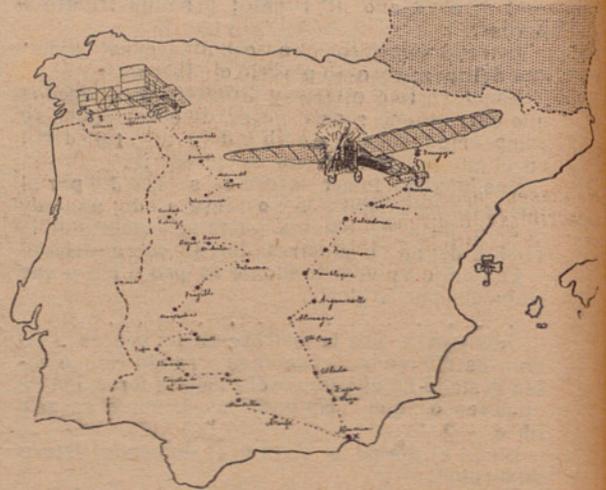
¡Cualquier cosa antes de que se pierda una senaduría de que tan necesitada está la Iglesia!



LOGOGRIFO NUMÉRICO

De los 7 Canudas

1	2	3	4	5	6	7	Capital.
4	6	7	4	6	3	Tiempo de verbo.	
7	2	5	4	2	Anormal.		
4	2	5	6	Cinc.			
4	2	7	Número.				
3	2	Adverbio.					
1	Consonante.						



Ruta recorrida por el aeroplano número 1: Orense, Barco de Valdeorras, Benavente, Zamora, Medina del Campo, Salamanca, Ciudad Rodrigo, Béjar, Barco de Avila, Talavera, Trujillo, Montaches, Don Benito, Zafra, Llerena, Cazalla de la Sierra, Vacar, Montilla, Atarfe y Almería.

Ruta del aeroplano número 2: Zaragoza, Daroca, Molina, Salcedona, Tarancón, Tembleque, Argamsilla, Almagro, Santa Cruz, Ubeda, Zujar, Baza y Almería.

Entre las soluciones recibidas no hay ninguna exacta.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 9 de Abril.)

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Invirtiendo el grabado puede verse que la mamá de la joven hállase formada por el cabello de ésta. El marido aparece junto á la cintura de su consorte y la sirvienta vése en el segundo plafón del mueble de la izquierda del dibujo.

Concurso número 84. — FOOT BALL

Premio de 50 pesetas



Combinense las letras de modo que con ellas se forme el nombre de uno de los jugadores. La solución la publicaremos en el número correspondiente al 14 de Mayo. Caso de que los solucionistas sean

dos ó más, entre ellos se distribuirá por partes iguales el premio de 50 pesetas. El plazo para el envío de soluciones terminará el día 8 del indicado mes.

Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: Emilia Faugier, Josefa Soler, María Guiu, Elvira Ramos, Carlos Suñol, A. Suñol, Delfín de la Torre, Raul Tauler, Angel Monmanen, Gregorio Cruz Ortuño (Jaén), Ramón García, José Palau, Jaime Tolrá, José Ventosa, Pedro Pujol, Facundo Casanovas Bosch,

Jaime Caritg Forga, Alfredo López, S. Fernández, Ramón Castell Sabat (Igualada), C. Morera, A. Morera, J. Escudé Salichs, J. Revelló, Francisco Monsó, «Mero de can Serrano», Luis Ferrán, José González, Nick Cartró, Francisco Carré, Juan Busquets, Mariano Poch, Florencio Planas, J. Arnal, E. Feu, Carlos Acscensi y R. Grau.

PIDASE PARA CURAR LAS
ENFERMEDADES NERVIOSAS
ELIXIR
POLIBROMURADO
AMARGÓS
 QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
 UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. **AMARGÓS**, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21, tónico-reconstituyente y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.

JARABE VERDÚ Demulcente, cura Herpetismo; Escrofulismo; Llagas piernas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — Escudillers, 22, Barcelona

TUBERCULOSIS — ANEMIA — NEURASTENIA — CONVALESCENCIAS —

Histogénico "Puig Jofré"
 Potentísimo y eficaz. — Venta en farmacias.

LA COSMOPOLITA

EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN

ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO

ANTONIO QUINTILLA

S. en C.



RONDA UNIVERSIDAD · 31

(TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

BARCELONA



Los señores Pérez Galdós, Rodrigo Soriano y Nougués en unión de los periodistas de la izquierda catalana que se reunieron en la «Maison Dorée».



Pablo Iglesias pronunciando su discurso en el mitin «Pro-presos»